



PRIMERA PARTE, DE LAS RELACIONES  
 DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS,  
 Y DESLEALTAD DE HERMANOS.

Aquel indómito monstruo  
 que fingió la idolatría,  
 poblado de alas y lenguas,  
 que fama le preconizan,  
 para que al orbe terreno,  
 en los mas remotos climas,  
 pueda con sus dulces voces  
 á todos darles noticias:  
 Esta misma fama sea  
 la que en la ocasion me sirva  
 de resonante clarín:  
 de cuyas voces melífluas  
 que por lo mismo es muy digna  
 que en lápidas de alabastro  
 para eterno esté esculpida:  
 cuyos dulces epitectos  
 puedan servir de doctrina,  
 para no fiar ninguno

de criatura nacida,  
 si hay de por medio intereses:  
 ni aun siendo su sangre misma;  
 pues tiene desde ab inicio  
 al mundo la fiera envidia,  
 culpa en que los mas tropiezan,  
 y pocos los que se libran.  
 Mas dejando digresiones,  
 es bien la historia prosiga:  
 Cuando el Católico Rey,  
 que globos de estrellas pisa,  
 San Fernando, Rey de España,  
 lanzó la secta morisca  
 de España, y sus territorios,  
 con su invisible cuchilla.  
 Muchos nobles caballeros,  
 descendientes todavía  
 de los primeros cristianos  
 que hubo cuando la conquista,



fue en ellos un poderoso,  
el cual por su bizarría  
fue luego electo por Rey  
en las fértiles provincias  
de las partes del Oriente,  
que se nombraba la Syria;  
era su nombre Clotardo,  
era casado, y tenia  
de su feliz matrimonio  
la belleza de tres hijas,  
que á las humanas deidades  
llevaron la primacia.  
Viéndolas el Rey su padre,  
que pocos las merecian,  
y muchos los que arpiraban  
subir á tan alta dicha.  
Ordenó hacer un castillo  
de vistosa, simetría,  
y de altura formidable,  
que aun la mas aguda vista,  
sus pirámides y almenas  
penetrarlas no podian;  
allí dispuso encerrarlas  
con infernal inventiva,  
pues buscó un mágico sabio  
que con hechizos hacia  
nigrománticos enredos;  
á éste, el Rey le notifica,  
haga un fuerte encantamiento  
tal, que no puedan ser vistas  
ni vencidas de ninguno  
hasta que el Rey lo permita.  
Dejándolas emplazadas  
como en clausura continua,  
y fue el poner tres caballos,  
ó satánicas arpías,  
para cada una el suyo,  
donde el encanto se cifra.  
Despues despachó un decreto  
en toda su monarquía,  
que cualquiera caballero  
ó noble de sangre limpia  
que pueda entrar en la Torre,

si aquel encanto conquirta,  
en sus hijas tendrá el premio  
quien lograre aquesta dicha,  
serán casados con ellas  
sin haber quien se lo impida.  
Muy bien conocia el Rey  
la dificultad que habia,  
y con esta confianza  
por premio las ofrecia.  
Corrió en todos sus estados  
velozmente esta noticia:  
á este tiempo tres hermanos,  
de gallarda bizarría,  
caballeros, y aunque pobres,  
de ilustre genealogía,  
nacidos en Dinamarca;  
oyendo aquesta noticia  
dispusieron valerosos  
el partirse á grande prisa,  
por ver si la feliz suerte  
quiere que tal bien consigan.  
Ya los tres reconocidos,  
dejan su patria, y caminan  
hasta llegar á la corte;  
y con la intencion debida  
dijéronle al Rey su intento,  
y al punto mandó que pidan  
todo lo menesteroso  
de cuanto se necesita;  
con la sentencia, y el cargo,  
que el que fuere á la conquista,  
sino salen con la empresa,  
luego será dividida  
de su cuello la cabeza,  
castigando la osadía.  
Pidió el mayor, y el segundo,  
caballos y armas lucidas;  
y el menor pidió que un carro  
tan solamente queria,  
con dos bueyes, y que en él  
poner para muchos dias  
gran prevencion de sustento  
de comidas y bebidas,

R. 22063



muchos clavos, y una cuerda  
de largura sin medida.  
Hechas estas diligencias  
que ya deo referidas;  
salen los dos á caballo,  
y dentro de pocos dias  
le dieron vista al castillo,  
y á su eminencia se arriman,  
mas luego experimentaron  
sus diligencias perdidas;  
pues viendo la elevacion  
fallecen y desaniman,  
por no hallar en sus contornos  
poblacion grande ni chica,  
donde saciar hambre y sed,  
que los aflige y fatiga.  
Algunos dias gastaron  
dando ideas discursivas,  
cómo poder conquistar  
Torre tan fortalecida;  
mas viendo no ser posible,  
ya cansados, determinan  
volverse para su patria,  
sin premio á tanta fatiga:  
tomaron la propia senda  
que autecedente traían,  
y en medio de ella encontraron  
al hermano, que venia  
muy poco á poco en su carro,  
con prevencion de comida;  
y al verlo, le propusieron  
los imposibles que habia  
para conquistar el fuerte,  
que se vuelva, y no prosiga:  
no bastaron persuasiones,  
pregarias ni rogativas;  
despues que hubieron comido,  
volvieron en compañía,  
llegaron segunda vez  
á la encantada alquería,  
hicieron alto, y descargan  
los viveres que traían,  
fue el mancebo examinando

la Torre, que no tenia  
puerta, puente, ni rastrillo,  
ventanas ni celosías;  
y bien registrada toda,  
ciñó á su cintura misma  
una vanda, y en la cual  
los fuertes clavos afirma;  
cogió un cabo de la cuerda,  
y un buen martillo en la cinta,  
y al fijar el primer clavo  
vieron que se estremecia  
el encantado castillo,  
y dentro una gritería,  
que á no ser su valor tanto,  
no siguera su posía.  
Siguiendo su operacion,  
sin temor ni cobardía,  
poniendo clavos, y haciendo  
para subida, su vida.  
Con artificiosa maña,  
y astucia tan bien urdida.  
llegó al extremo postrero;  
y apenas su cumbre pisa  
le salieron al encuentro  
tres hermosísimas Ninfas,  
mostrándose sus bellezas  
aun mas que humanas divinas:  
diciéndole: quién sois jóven,  
que con tan libre osadía  
has profanado el decoro  
de este alcázar, donde habitan  
tres Princesas? pues tu muerte  
pagará tal demasia.  
El respondió; pues Señoras,  
como este favor consiga  
de morir á vuestros ojos,  
causará mi muerte envidia!  
y así tendréis por sabido,  
que como ustedes permitan  
que las libre de este encierro,  
aunque para la salida  
todo el mundo se me oponga,  
no es posible que me rindan.



Uniformes respondieron; pues como el valor te asista, todas tres obedecemos muy gratamente propicias; que te será bien premiado: mas para eso precisa, que á tres hermosos caballos, que en este castillo habitan, á cada uno una cerda les quitarás, que en las mismas está nuestro encantamiento, y tenlas en mucha estima, para que en cualquier fracaso, que te halles no te aflijas, si el elemento del fuego á cada una le aplicas. Esto dijeron, y luego á una cuadra lo encaminan, donde estaban tres pegasos, de tres colores distintos; hizo lo ya referido, las guardó, y á grande prisa, dispuso bajar las damas, que del placer y alegría mil parabienes le daban, con ternezas y caricias, y al impulso de la cuerda á la hermana mayor liga, y con valor increíble en tierra la deposita, lo mismo fue la segunda, quedó sola lo mas chica, le dijo: jóven gallardo, toma aquesta gargantilla, que en valor, poder y hechura otra alguna no la imita, y aunque diversos trabajos te atormenten y persigan, jamás te enagenes de ella,

que podrá ser que algun dia te importe, y con esto el cielo te libre como nos libras: con esto descendió al suelo, con la misma anatomía; y habiéndola ya librado de esclavitud tan indigna, le tiraron de la cuerda, quién vió mayor bastardía entre hermanos, pues se halló con la esperanza perdida de bajar, pues ni aun los clavos halló, que hincado habia. Entonces los dos hermanos, con infernal avaricia, conociendo que su hermano todo el premio merecia, envidiosos dispusieron ponerse luego en huida, montándolas en los brutos, bolaban, y no corrian, hasta llegar á la corte, donde el Rey se maravilla, en ver á sus hijas libres, que aun viéndolas no creía: ellas guardaron secreto, solo dijeron que habian por los dos sido libradas, y el modo, la traza y cifra. Y viendo el Rey que eran nobles, al proviso determina desposar los dos mayores con fiestas muy deleytibas: y porque pide esta historia tiempo para referirla, pide Alonso de Morales, que atencion se le permita, que en la segunda jornada nada tardará en decirla.





SEGUNDA PARTE DE LAS RELACIONES DE LAS  
PRINCESAS ENCANTADAS.

Afligido y pesaroso,  
melancólico y suspenso,  
lleno de horrores y espanto,  
quedó en la Torre el mancebo,  
sin hallar norte ni senda,  
para salir del encierro,  
por haberse en él cumplido  
la ley del encantamiento,  
todo tinieblas oscuras,  
todo asombro, todo miedo,  
oyendo silvos de sierpes  
cerca de sí, tan horrendos,  
que hambrientos le amenazaban  
á tu vida por momentos.  
Pero entre tantas fatigas,  
se acordó que le dijeron,  
que en los caballos tendria  
de sus penas el remedio.  
Se fue al sitio donde estaban,  
que sabia por muy cierto  
el que le pertenecia  
á su enamorado dueño,  
que le dió la gargantilla,  
en el cual montó ligero,  
dió un brinco tan formidable,  
el bruto, con tal estruendo,  
que pareció que la Torre  
se arrancaban sus cimientos,  
y aun creyó de que el abismo

se los tragaba en su seno;  
y al volver en sí se halló  
en un áspero desierto,  
todo poblado de troncos,  
tan montuoso y espeso  
que jamas los pénétraron  
del sol los claros reflejos.  
Allí fue depositado,  
comenzando desde luego  
á discurrir por las ramas,  
por si hallaba algun consuelo  
de poblaciones ó gentes,  
para el natural sustento:  
caminó larga distancia,  
cuando encontró un ganadero,  
al cual con mucha modestia  
le suplicó, que de cuento  
le dijese qué parages  
ó países son aquellos?  
Respondió muy agradable,  
esta tierra es de Suecos,  
y segun dice ese trage  
vos no sois de aqueste Reyno?  
No, amigo, le replicó;  
soy un pobre forastero,  
que buscando mi fortuna  
me ha traído á tal extremo;  
y por quien sois os suplico  
que nuestras ropas cambiemos,



bien conoceis la mejora,  
que se os sigue en concederlo.  
Cambiaron, y quedó armado  
nuestro noble caballero,  
todo vestido de pieles,  
y de un reciente cordero  
de la piel hizo una gorra,  
á fin de encubrir el pelo,  
vestido á lo pastoril,  
tan tosco como grosero;  
tan otro y tan demudado,  
que daba irrision el verlo:  
pues no era dable en el mundo,  
nadie pueda conocerlo,  
pidiendo á algunos limosna  
pasaba de pueblo en pueblo.  
Llegó al Reyno donde estaban  
sus hermanos, que de cierto  
estaba ochocientas leguas;  
lo cual gastó mucho tiempo:  
y con las calamidades,  
trabajos y contratiempos,  
mudó la faccion del rostro  
muy distinto del primero.  
Fingía llamarse Juan,  
y con estos fingimientos,  
se hizo loco declarado,  
pues ya para conocerlo,  
decian: Juanillo el loco,  
no dándole en nada asenso.  
En aqueste tiempo el Rey  
á su hija por momentos  
le decia se casase,  
para llevar en muriendo  
el consuelo que quedaban  
todas tres ya con empleo;  
y ella siempre se negaba  
á sumisiones y ruegos,  
hasta ver si la fortuna  
le traía el dulce obgeto,  
á quien dió la gargantilla  
como referido de jo.  
Dijole á su padre un dia,  
que ordenase unos torneos,

y aquel que la mereciese  
por mas galan y mas diestro,  
que luego ofrece el rendirse  
á los lazos de himeneo,  
Promulgó el Rey al instante  
que vengan aventureros  
á las justas á su corte,  
con el apercibimiento,  
que ofrece dar á su hija  
sin el menor detrimento.  
Muchos señores ilustres  
de varias partes vinieron.  
Llegó la propuesta tarde,  
y puestos ya en el torneo,  
con la mayor bizarría  
dieron principio al manejo.  
Vamos al loco fingido,  
que en aqueste mismo tiempo  
puesto fuera de poblado,  
donde no pudiesen verlo.  
Sacó la primera cerda,  
hizo lumbre, y le dió fuego,  
y vió junto á sí un caballo  
con silla, jaéz y freno,  
con dos jóvenes al lado;  
donde en breve lo vistieron  
de unas hermosas preséas,  
cual segundo Gerineldo.  
Entró en él Palenque, y todos  
deseaban conocerlo;  
pero no pudo ninguno  
por mas que hicieron extremos,  
ganando en primor á cuantos  
á la funcion concurren.  
Y rematada la fiesta,  
salió mas velóz que un trueno.  
Para la tarde segunda,  
mandó el Rey que en varios puestos  
se pongan hombres armados  
para poder conocerlo:  
luego que llegó la hora,  
pronto, liberal y diestro,  
quemó la cerda segunda,  
y mas velóz que los vientos



llegó el caballo, y con él  
seis criados, que su aseo,  
y las costosas libreas  
eran de todas espejos.  
Ganó en todo con ventaja  
aun mas que el dia primero;  
quieren detenerle el paso,  
pero fue en todo superfluo,  
pues sin ver por donde iba  
de la vista lo perdieron.  
Para la tarde tercera  
quiso el Rey ser buen tercero:  
mandó, que aquel territorio  
que circumbalaba el cerco,  
lo amurallasen con tablas,  
y con muy altos maderos,  
que aunque se transforme en ave,  
para huir no pueda hacerlo;  
fue aquella tarde el concurso  
por el gran gentío inmenso;  
volvió hacer su operacion,  
quemó la cerda en efecto  
como hizo en las primeras,  
y luego un caballo negro  
llegó con doce criados;  
y de hermoso terciopelo,  
y carmesí los vestidos,  
y el suyo con oro terso,  
de diamantes guarnecido,  
que causaba envidia el verlo:  
de suerte, que aquella tarde  
sobre todos echó el resto,  
y á la hora de ausentarse  
entre volando y corriendo  
fue otro volador pegaso,  
dejando á todos suspensos,  
pues saltó aquella eminencia  
que un ave pudiera hacerlo.  
Se fue sin que averiguasen  
quién fuese aquel caballero;  
perdieron las esperanzas  
hija y padre á un mismo tiempo;  
pero la discreta dama  
á sus solas, y á su intento,

dibujó una gargantilla  
á el arte, forma y modelo  
de la que le dió en la Torre,  
al que ignora, y está viendo:  
dijole á su padre entonces,  
que se buscasse un maestro,  
que sin que le falte un punto  
haga otra; pues su intento  
es ver si hallaba la suya,  
y sin que haya remedio  
promete ser digna esposa  
de aquel que la tenga; y esto  
se puso luego por obra;  
se buscó entre los mas diestros,  
al mas sapiente alquimista,  
que habia entre los espertos.  
A este tiempo habia entrado  
á servir de mandadero  
Juanillo el fingido loco,  
pasando plaza de serlo:  
dióle el Rey dicho dibujo,  
estrechándole y diciendo,  
que en el tiempo de dos meses,  
con primor, arte y concierto  
se ha de hacer la gargantilla,  
y que de haber falta en ello,  
al impulso de un verdugo  
le hará dividir el cuello.  
Llevó el dibujo á su casa,  
y luego fue previniendo  
las esmeraldas mas finas,  
los diamantes de mas precios  
mas con todo no podia  
hacerla, y entonces viendo  
que se pasaban los dias,  
y el tiempo se iba cumpliendo,  
era sin igual la pena,  
por saber que sin remedio  
moriria, sino hacia  
lo que le habian propuesto.  
Viéndolo su mozo triste,  
dijole: señor, yo quiero  
que me digais los motivos  
de la tristeza en que os veo,



por ver si á vuestros pesares  
algo remediarlos puedo:  
por útimo, se lo dijo,  
que es alivio del enfermo  
el comunicar sus males,  
que en parte se alivia en ellos,  
díjole al amo, señor,  
sin duda alguna me atrevo  
de hacerla mejor mil veces  
que lo que el Rey ha propuesto;  
para lo cual en un cuarto  
donde haya el mayor silencio  
pónganme todos abíos  
de herramienta y de sustento,  
sin que me vean, ni entiendan,  
que yo á mí solo me entiendo;  
mas como arriesgaba poco  
no hubo duda en concederlo.  
Todo lo menesteroso,  
le puso en un aposento,  
dejándolo allí encerrado,  
y él muy alegre y contento  
por saber bien que en su mano  
pendia todo el enredo.  
Muchas veces iba el amo  
con grande secreto á verlo,  
y lo hallaba recostado,  
muy descuidado durmiendo;  
y viendo que ya quedaba  
el tiempo corto y estrecho,  
comenzó á enlutar la casa  
contemplándose ya muerto.  
Con esta sin igual pena,  
llegó el dia postrimero,  
y el amo triste y lloroso  
fue aquel mismo dia á verlo,  
y apenas entró le dijo,  
pues Juan simple, qué tenemos?  
mas él con fingida risa,  
y con agradable seño,  
le dijo: ya nuestro amo  
no ha de ser el Rey sangriento  
contra vos; pues ya la prenda  
con todo primor se ha hecho:

sacando la gargantilla,  
que fue el origen primero;  
quedándose el amo absorto,  
pues ignoraba el misterio,  
mil parabienes le daba,  
con muchos ofrecimientos:  
la tomó, y se fue á palacio,  
y en las manos del Rey mesmo  
la puso; pero la Infanta,  
luego al punto que le dieron  
la noticia, vino á verla,  
y la conoció al momento:  
diciendo, qué lapidario  
es de aquesta obra el dueño?  
quién hizo tan bella alhaja?  
porque quiero conocerlo.  
Y el maestro receloso  
no le cojan en enredo,  
contó desde su principio  
toda la verdad del hecho:  
entonces dijo la Infanta,  
ya padre se llegó el tiempo  
de mi desposorio, y sea  
quien se fuere ese sugeto.  
Al palacio fue llevado,  
mas luego se conocieron;  
solamente que los dos  
supieron guardar secreto  
hasta mejor ocasion,  
como en efecto lo hicieron;  
le fue fuerza al Rey casarlos,  
aunque con gran sentimiento,  
pues en un ciento de amantes,  
quiso á un hombre sin asiento.  
Sus hermanos y cuñadas  
le decian vituperios;  
mas poco tiempo duró  
desatar aqueste enredo:  
y para dar finiquito,  
de este admirable compendio,  
quiere Alonso de Morales  
darlo todo por extenso,  
y en otra tercera parte  
deshacer quejas y duelos.





TERCERA PARTE DE LAS RELACIONES DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS.

Teniendo la hermosa Infanta sus gustos ya conseguidos de su gargantilla y dueño, que la libró del peligro, no dudó el darle la mano como había prometido; causando en el Rey tal pena, que fue bastante motivo el mal gusto que ha tenido; reduciéndolo á tristeza en vez de hacer regocijos, no queriendo que en palacio viviese, ni aun por indicios; y á fuera en los extramuros un toscó albergue les hizo, donde apartados viviesen, sin ser oídos ni vistos; su esposa le guerreaba, que no se mostrase tibio en descubrirse, pues todos afeaban sus delirios, mas él hasta mejor tiempo tuvo el secreto escondido. Lloraba el Rey su desgracia, sin hallar en nada alivio, tanto fue que cayó enfermo, ya de la vista perdido, que con el continuo llanto

quedó ciego sin sentido: vinieron mélicos sabios, haciendo varios cabildos: hasta que el último acuerdo fue decir, que entre unos riscos en los montes de E-clavonia estaba el único alivio en las aguas de una fuente; mas que había gran peligro por las indómitas fieras que habitaban aquel sitio, que en consiguiendo el traerla tendrá el Rey total alivio. Los dos yernos se ofrecieron, prontos y reconocidos, aunque aventuren las vidas, y pasen diez mil peligros; esto lo supo el hermano, y sin darle á nadie aviso, llamó al caballo encantado, de los tres el primitivo, y montándose salió mas velóz que un torbellino, fue á la fuente, y tomó el agua, y viniendo de camino se encontró con sus hermanos que iban al intento mismo, y les dijo: caballeros, ese es trabajo perdido,



que aquí llevo yo ya el agua,  
y aguardo un premio crecido;  
entonces los dos á un tiempo,  
le dijeron: noble amigo,  
nosotro, te lo darémos  
en plata ó en oro fino,  
como el agua quieras darnos:  
y prontamente les dijo,  
no quiero otra cosa en premio  
que dos peras que he sabido  
que á ustedes presentó el Rey  
por favor muy esquisito,  
y pues consigo las traen,  
eso es lo que en premio pido;  
luego se las ofrecieron  
por entrar mas aplaudidos.  
Hecho entre los tres el cambio  
se volvieron al proviso,  
con la cual cobró el Rey vista,  
y ellos el quedar lucidos:  
tuvo de allí á poco tiempo  
con grandísimo peligro  
el Rey otra enfermedad;  
y médicos muy peritos  
no encontraban medicinas;  
hasta que el mas sabio dijo:  
que en los desiertos de Albania,  
entre sus montes altivos  
hay entre sus muchas fieras,  
de tanto especie distiata,  
muchas leonas, si á una  
pudieran con artificios  
sin darle muerte sacarle  
el néctar de su recinto,  
era el singular remedio,  
lo cual no hay otro en el siglo,  
ni se podria encontrar:  
y los dos reconvenidos,  
por gozar todos los fueros,  
saliéron bien guarnecidos;  
y el hermano al mismo tiempo  
se salió al campo y dió un grito,  
llamó al segundo caballo,  
y luego que hubo venido

se montó, aunque disfrazado  
con otra forma y vestido;  
llegó al monte, y como iba  
con la mágica y hechizo  
pudo coger la leona,  
sin que de él fuese sentido,  
y sacó porcion de leche,  
á su eleccion cuanta quiso.  
Se volvió, y á pocas leguas  
encontró los contenidos  
hermanos, que deseosos  
ser del Rey los mas validos,  
iban resueltos y osados,  
por quedar mas aplaudidos:  
luego que se saludaron,  
así les habló y les dijo:  
Amigos, ya yo he logrado  
lo que pretendéis vos mismos,  
ruéganle que se la diera  
por cuanto fuere servido:  
y él les dijo: caballeros  
luego otorgaré el partido  
si permiten que una oreja  
os corte con mi cuchillo,  
á cada uno, y el cambio  
se hará sin que haya entredicho.  
Al principio este concierto  
gran dificultad les hizo;  
mas por grangear honores  
otorgaron el partido,  
pues encubria el defecto  
las pelucas y capillos.  
Llegaron muy orgullosos,  
y fueron bien recibidos  
de todos, pues fue la leche  
único bálsamo fino,  
con que recuperó el Rey  
cuanto tenia perdido;  
mas, ó verdadero adagio,  
que refieren los antiguos,  
que no hay placer que no tenga  
algun sentimiento alquicio.  
Sucedió que en este tiempo  
que otro Rey enfurecido



le puso á Clotardo guerra  
con rigor egecutivo;  
hallábase atribulado  
por su mucho poderio.  
Llamó á sus yernos á solas,  
diciéndoles que su advitrio  
era, el que fuesen los dos,  
con silencioso sigilo,  
á registrar como espías,  
el campo del enemigo.  
Con esta resolucion  
los nombró el Rey por caudillos,  
fiando en ellos la empresa,  
como que eran ya sus hijos.  
Salieron á ver el campo,  
donde el contrario atrevido  
esperaba, mas tuvieron  
su merecido castigo;  
no hacian caso del loco,  
dándole siempre al olvido:  
Mas él de cuanto pasaba  
de todo tenia aviso;  
se fue á un desierto, y allí  
la misma operacion hizo,  
llamando al tercer caballo,  
y fue llegado al proviso  
con lucidísimas armas,  
de acero terso y bruñido.  
Se fue al campo de la lid,  
y con invencible brio,  
imitando á Santiago,  
entre los contrarios hizo  
estragos tan formidables,  
que los dejó destruídos,  
ganándoles dos banderas,  
y trayéndolas consigo:  
encontró á los dos que iban  
que siempre fue contradizo,  
que iban descubriendo el campo,  
hablóles muy comedido:  
amigos ya venís tarde,  
y siempre pierde el tardido:  
y así para esta conquista  
muy frívolos habeis sido,

porque ya por otras fuerzas  
quedan muertos y vencidos;  
lo cual estas dos banderas,  
y de esta espada los filos,  
para abonar la verdad  
son suficientes testigos;  
dijéronle si queria  
quedar en extremo rico,  
las redujese á monedas:  
que pida, y no sea omiso;  
díjoles, que no estimaba  
por ellas, ni aun cien bolsillos;  
que solamente estimaba,  
si querian consentirlo,  
señalarlos con un hierro  
á donde fuesen servidos,  
serán las banderas tuyas,  
si convienen en lo dichos;  
ni las orejas, ni peras  
les hicieron tal ruido,  
como el de considerarse  
esclavos sin ser cautivos;  
mas ó codicia avarienta,  
ó intereses de este siglo:  
por último, concedieron,  
y él hizo un hierro encendido,  
y en la espaldilla siniestra  
se los dejó á los dos fijos:  
se fueron con las banderas  
y dijeron haber sido  
los que á todos los contrarios  
vencieron sin ser vencidos.  
Aquí fueron los placeres;  
que no es dable referirlos.  
Creció con mayor estruendo  
el odio y rencor maldito  
del Rey contra el tercer yerno,  
por ser hombre tan indigno,  
que determinó arrojarlo,  
porque jamas fuese visto,  
á unas islas muy remotas;  
mas él humilde y propicio  
le pidió al Rey por merced:  
se muestre con él benigno,



que el dia de su partida,  
dentro del palacio mismo  
se juntan todos los grandes  
señores esclarecidos,  
para un famoso convite,  
esta súplica le hizo,  
que por ú timo consuelo,  
lo pide y ha de cumplirlo;  
se concedió el pedimento,  
y acudió inmenso gentio;  
fue el que tenían por loco,  
y se adornó de un vestido,  
que su valor y hermosura  
fue en grado superlativo;  
se afeytó, y quedó su rostro  
brotando grana y armifio:  
entró, dando envidia á todos,  
al ver su garvo y su brio;  
entonces lo conocieron  
sus hermanos de improviso,  
que les motivó á desmayo,  
envueltos en sudor frio:  
Sábó entonces las dos peras,  
diciendo: ya no permito  
me digan mas vituperios,  
que bastantes he sufrido  
por mis traidores hermanos,  
yo, gran Señor, soy el mismo  
que liberté las Princesas,  
bien lo saben que yo he si lo,  
y el mismo que trajo el agua;  
por lo que hube conseguido,  
que estas dos peras me diesen:  
Se dió por verdad lo dicho;  
y ahora quiero que todos  
manifiesten sus oídos:  
quitáronse las pelucas,  
y solo en los dos se vido  
que les faltaba una oreja,  
y él las sacó del bolsillo,  
diciendo: estas son las mismas  
que á los dos corté yo mismo  
cuando trajeron la leche  
que os dió en los ojos alivio,

F

gran Señor, y para que  
queden del todo corridos,  
descúbranse las espaldas  
vereis son esclavos míos,  
que ahí lo dirán las señales:  
este fue el mayor martirio  
y vergüenza que pasaron,  
manifestar lo escondido,  
y descubrir sus engaños.  
Y luego en público dijo:  
esto lo he hecho tan solo  
porque estos hermanos míos  
trazaron la falsedad,  
que egecutaron conmigo:  
mas para que de mi pecho  
conozcan lo esclarecido:  
yo los perdono de todos  
los agravios cometidos;  
y viendo el Rey que de todos  
aplausos solo era digno,  
le dió un muy estrecho abrazo,  
diciendo: amado hijo,  
si hasta aquí te he despreciado,  
desde hoy mudo el designio;  
tú solo serás de todos  
mis bienes hereditivo,  
como así fue, que por muerte  
del Rey gozó el Señorío:  
no quiso que á sus hermanos  
les diesen ningun castigo,  
si no és que allí se quedasen  
sin que tuviesen dominio  
en cosa alguna en palacio,  
que estos son los merecidos  
que consiguen los avaros,  
que emprenden casos indignos;  
y así quien todo lo quiere,  
todo lo pierde, y es fijo.  
Donde Alonso de Morales,  
que este suceso halló escrito,  
quiso reducirlo á versos,  
al mandato de un amigo,  
pues los que súbitos nacen,  
ob-decer es preciso.

I

N.